ANDRZEJ WAJDA. ENTRE EL MITO Y LA HISTORIA

Este año se cumplen cien años desde el nacimiento del director polaco Andrzej Wajda, uno de los cineastas europeos más reconocidos mundialmente. Entre lo más destacado de su palmarés figuran la primera Palma de Oro para un cineasta polaco en Cannes, con ***El hombre de hierro*** (1981); cuatro nominaciones en los Oscar —***La tierra de la gran promesa*** (1975)**,** ***Las señoritas de Wilko*** (1979)**,** ***El hombre de hierro*** y ***Katyń*** (2007)—, así como el Oscar de honor (2000); y otros dos grandes reconocimientos a su trayectoria, el León de Oro en Venecia (1998) y el Oso de Oro en Berlín (2006). Más allá de los premios, su filmografía abarca seis décadas y establece una crónica sensible, comprometida, de la evolución política y social de Polonia. Al mismo tiempo está conectada con capítulos clave de la historia de la cinematografía de su país, como el nacimiento de la Escuela de Cine Polaca en los años 50, la nueva ola de los años 60, el llamado *cine de desasosiego moral* de los 70, el cine de la transición, y el nuevo cine polaco (su última obra, *Los últimos años del artista: Afterimage*, es de 2016).

Nacido en Suwałki (Polonia) en 1926, falleció en Varsovia en 2016, atravesó casi todo el siglo XX polaco, desde la Segunda Guerra Mundial hasta la caída del régimen comunista y la ardua reconstrucción democrática. Fue testigo de la ocupación nazi, la época estalinista, el socialismo real, o la eclosión del movimiento Solidaridad. **Como ningún otro cineasta polaco, ha reflejado en la pantalla los acontecimientos más importantes, y más traumáticos, de la historia de su patria.** Entreverada con el extraordinariamente dramático destino del país, la filmografía de Wajda responde con fidelidad a uno de los signos más reconocibles del cine polaco: la obra entendida como una suerte de *conciencia nacional*, un espacio para pensar críticamente un pasado que se amarra también en el presente.

Debutó en 1955 con ***Generación***, de la que Roman Polański, que se estrenaba en ella como actor, dijo que *supuso el verdadero inicio del cine polaco, algo nunca antes visto*. Adaptando una historia esquemática sobre la maduración política de un joven comunista en la Polonia ocupada, Wajda es capaz de desafiar la estética del realismo socialista introduciendo una visión neorrealista. El título de esta película anuncia también una nueva generación de cineastas proveniente de la recién fundada Escuela de Cine de Łódź, de la que forma parte Wajda. Como rememora él mismo, aquellos jóvenes entusiastas iniciaron su andadura creativa teniendo muy presente el cataclismo de la guerra: “Nosotros, los directores polacos, hemos sido primero, durante años, la voz de los difuntos”.

La *trilogía de la guerra* se completa con otros dos títulos inigualables: ***Canal*** (1956), que pone en imágenes el trágico destino de los insurgentes del Levantamiento de Varsovia, recreando sus últimos días en el infierno de las alcantarillas de la ciudad, y ***Cenizas y diamantes*** (1958), con otro tema tabú, la lucha fratricida en Polonia entre el nuevo poder comunista y la resistencia en vísperas del final de la guerra. En esta obra cumbre de la *Escuela de Cine Polaca*, el pasado se encuentra con el futuro a través de la electrizante interpretación de Zbigniew Cybulski, que encarna a un soldado del Ejército Nacional clandestino actuando con su ropa cotidiana, una chaqueta de cazador moderna y sus gafas de sol. El actor aparece también en *Los brujos inocentes* (1960), retrato de una juventud nihilista e influenciada por la modernidad y el jazz. Después de la trágica muerte de Cybulski, Wajda le dedicará una de sus películas más personales, *Todo a la venta* (1969).

En el centro de su cine siempre ha estado Polonia y la necesidad de conectar con los espectadores polacos. Si en la pantalla evoca el pasado es para hablar de la realidad del momento presente. *Yo solo he rodado películas históricas que se percibían como contemporáneas*, confiesa; su aspiración era *hacer la película que el espectador espera, aunque este aún no sepa que es precisamente esa la que espera.* Lo consiguió sin duda con ***El hombre de mármol*** (1976), que ponía al descubierto los mecanismos de la propaganda comunista y supuso todo un fenómeno social. A pesar de las restricciones de su distribución, fue vista por más de 2 millones de personas. Su secuela, ***El hombre de hierro*** (1981), filmada en paralelo a los acontecimientos que narra, tuvo aún mayor resonancia. Encargo de los propios huelguistas de los astilleros

de Gdańsk, según reveló Wajda, el filme se convierte en uno de los testimonios más importantes del nacimiento de Solidaridad, primer sindicato independiente del bloque soviético. **Son probablemente las dos películas que más han influido en la realidad polaca, preparando el terreno para los cambios sociales de los años 80 que desencadenarían, al concluir la década, la caída del régimen comunista.**

Con estos títulos Wajda pasaba a ser una figura clave de la corriente de *cine de desasosiego moral* que surge en la Polonia de los 70, al poner su mirada en los dilemas éticos y en el individuo enfrentado al sistema. A ella debemos sumar ***El director de orquesta*** (1980) y ***Danton*** (1982), dos profundas alegorías políticas sobre la situación en Polonia, la última filmada en Francia poco después de que el régimen comunista impusiera la Ley Marcial. Con la llegada de la democracia Wajda pudo, por fin, abordar su proyecto cinematográfico más personal: **Katyń** (2007), que cuenta la matanza de miles de oficiales del ejército polaco, en la que fue asesinado su padre, Jakub Wajda. Atribuida durante décadas a los nazis por la URSS, no fue hasta la década de los noventa que el gobierno ruso admitió oficialmente que la autoría fue de la NKVD soviética.

En el viaje por la historia de Polonia nos guía la mirada del Wajda cineasta y, superpuesta, la del Wajda pintor. Antes de dedicarse al cine, estudió en la Academia de Bellas Artes de Cracovia. Lo ponen de manifiesto sus encuadres y las potentes y metafóricas imágenes de sus películas. Hay en su filmografía verdaderas obras maestras de *pintura cinematográfica*, como ***El paisaje después de una batalla*** **(1970)*****, La boda*** (1973), ***La tierra de la gran promesa****, o* ***Las señoritas de Wilko***, en las que traduce al lenguaje de la cámara grandes obras de la literatura polaca inspirándose en la pintura modernista y romántica.

Como Bergman, Fellini y otros maestros del siglo XX, el director polaco estaba profundamente arraigado en su cultura. Wajda se adentra, con una mirada crítica e iconoclasta, en la historia y en los mitos nacionales que han moldeado la identidad polaca. «El cine nacional es aquel a través del cual una nación se observa a sí misma», dijo Jean Luc-Godard. **En esa búsqueda intensa por encontrar las claves identitarias de su país, Wajda acaba poniendo ante un espejo al ser humano, trascendiendo cualquier frontera.** A esta dimensión universal remite la carta que Steven Spielberg dirigió a la Academia de Cine de Estados Unidos en el año 2000: *Al intentar mostrar las facetas más luminosas y más oscuras del alma europea, nos obligaba a reflexionar sobre la fuerza de nuestro propio humanismo. Wajda pertenece a Polonia, pero sus obras forman parte del patrimonio cultural de toda la humanidad. Nos recuerda a nosotros, los cineastas, que la historia a veces puede exigirnos valentía*.

Anhelo permanente de libertad, el director polaco recuerda también a sus espectadores la importancia de la responsabilidad cívica de cada individuo ante el convulso devenir de la historia. Ver el cine de Wajda nos devuelve, a fin de cuentas, la convicción del poder transformador del arte.

Joanna Bardzinska (AVA Arts Foundation)